

Utopía de los usureros

Por: GK Chesterton

I. Arte y publicidad

Me propongo, a reserva de la paciencia del lector, dedicar dos o tres artículos a la profecía. Como todos los profetas de mente sana, sagrados y profanos, sólo puedo profetizar cuando estoy furioso y pienso que las cosas se ven feas para todos. Y como todos los profetas de mente sana, profetizo con la esperanza de que mi profecía no se haga realidad. Porque la predicción del verdadero adivino es como la advertencia de un buen médico. Y el médico ha triunfado realmente cuando el paciente al que condenó a muerte ha revivido. La amenaza se justifica en el mismo momento en que se falsea. Ahora bien, he dicho una y otra vez (y seguiré diciendo una y otra vez en todas las ocasiones más inoportunas) que debemos golpear al Capitalismo, y golpearlo con fuerza, por la sencilla y definitiva razón de que se está fortaleciendo. La mayoría de las excusas que sirven a los capitalistas como máscaras son, por supuesto, excusas de hipócritas. Mienten cuando afirman que son filántropos; no sienten más amor por los hombres que el que Albu sentía por los chinos.

Mienten cuando dicen que han alcanzado su posición gracias a su propia capacidad de organización. Por lo general, tienen que pagar a los hombres para organizar la mina, igual que pagan a los hombres para bajar a ella. A menudo mienten sobre su riqueza actual, como generalmente mienten sobre su pobreza pasada. Pero cuando dicen que van por una "política social constructiva", no mienten. Realmente están apostando por una política social constructiva. Y nosotros debemos ir por una política social igualmente destructiva; y destruir, mientras aún está a medio construir, la cosa maldita que ellos construyen.

El ejemplo de las artes

Ahora me propongo tomar, uno tras otro, ciertos aspectos y departamentos de la vida moderna, y describir cómo creo que serán en este paraíso de plutócratas, esta Utopía de oro y bronce en la que la gran historia de Inglaterra parece tan probable que termine. Me propongo decir lo que creo que nuestros nuevos amos, los meros millonarios, harán con ciertos intereses e instituciones humanas, como el Arte, la Ciencia, la Jurisprudencia o la Religión, a no ser que demos un golpe lo suficientemente pronto como para evitarlo. Y en aras de la argumentación tomaré en este artículo el ejemplo de las artes. La mayoría de la gente ha visto un cuadro llamado "Burbujas", que se utiliza para la publicidad de un célebre jabón, del que se introduce un pequeño pastel en el diseño pictórico. Y cualquiera que tenga instinto para el diseño (el caricaturista del Daily Herald, por ejemplo), se adivina que no formaba parte originalmente del diseño. Verá que la torta de jabón destruye el cuadro como tal; tanto como si la torta de jabón se hubiera utilizado para fregar la pintura. Por pequeño que sea, rompe y confunde todo el equilibrio de los objetos en la composición. No juzgo aquí

la acción de Millais en este asunto; de hecho, no sé cuál fue. Lo importante para mí en este momento es que el cuadro no se pintó para el jabón, sino que el jabón se añadió al cuadro. Y el espíritu del cambio corruptor que nos ha separado de aquella época victoriana puede verse mejor en esto: que la atmósfera victoriana, con todos sus defectos, no permitía que tal estilo de mecenazgo pasara como algo natural. Puede que Miguel Ángel se sintiera orgulloso de haber ayudado a un emperador o a un papa; aunque, de hecho, creo que estaba más orgulloso que ellos por su propia cuenta. No creo que Sir John Millais estuviera orgulloso de haber ayudado a un jabonero. No digo que le pareciera mal, pero no estaba orgulloso de ello. Y eso marca precisamente el cambio de su época a la nuestra. Nuestros comerciantes han adoptado realmente el estilo de los príncipes comerciantes. Han comenzado a dominar abiertamente la civilización del Estado, como los emperadores y los papas dominaban abiertamente en Italia. En la época de Millais, a grandes rasgos, se suponía que el arte significaba buen arte; la publicidad, arte inferior.

La cabeza de un hombre negro, pintada para anunciar la negritud de alguien, podía ser un símbolo tosco, como el cartel de una posada. El negro sólo tenía que ser lo suficientemente negro. Se esperaba que un artista que expusiera el retrato de un negro supiera que un negro no es tan negro como lo pintan. Se esperaba de él que representara en mil tonalidades de gris y marrón y violeta: porque no existe el hombre negro como no existe el hombre blanco. Una línea bastante clara separaba la publicidad del arte.

El primer efecto

Yo diría que el primer efecto del triunfo del capitalista (si le permitimos triunfar) será que esa línea de demarcación desaparecerá por completo. No habrá arte que no pueda ser también publicidad. No quiero decir necesariamente que no habrá buen arte; mucho de él podría ser, y mucho de él ya lo es, muy buen arte. Si se quiere, se puede decir que ha habido una gran mejora en los anuncios. Ciertamente, no habría nada de sorprendente si la cabeza de un negro anunciando "Somebody's Blacking" hoy en día estuviera terminada con colores tan cuidadosos y sutiles como los que uno de los antiguos y supersticiosos pintores hubiera gastado en el rey negro que trajo regalos a Cristo. Pero la mejora de los anuncios es la degradación de los artistas. Es su degradación por esta razón clara y vital: que el artista trabajará, no sólo para complacer a los ricos, sino sólo para aumentar sus riquezas; lo cual es un paso considerable hacia abajo. Al fin y al cabo, un papa se deleitó con un cartón de Rafael o un príncipe se deleitó con una estatuilla de Cellini. El príncipe pagó la estatuilla; pero no esperaba que la estatuilla le pagara a él. Tengo la impresión de que en las caricaturas que el Papa encargó a Rafael no hay ninguna tarta de jabón. Y nadie que conozca el cinismo mezquino de nuestra plutocracia, su secretismo, su espíritu de juego, su desprecio por la conciencia, puede dudar de que el artista-advertido estará a menudo ayudando a empresas sobre las que no tendrá ningún control moral, y de las que no podría sentir ninguna aprobación moral. Trabajaré en la difusión de medicamentos curanderos, de inversiones extrañas, y trabajaré para Marconi en lugar de para Médicis.

Y a esta vil ingenuidad tendrá que doblegar la más orgullosa y pura de las virtudes del intelecto, el poder de atraer a sus hermanos, y el noble deber de alabar. Porque ese cuadro de Millais es un cuadro muy alegórico. Es casi una profecía de los usos que le esperan a la

belleza del niño por nacer. La alabanza será de un tipo que puede llamarse correctamente jabón; y las empresas de un tipo que puede describirse verdaderamente como Burbujas.

II. Las cartas y los nuevos galardonados

En estos artículos sólo tomo dos o tres ejemplos del primer y fundamental hecho de nuestro tiempo. Me refiero al hecho de que los capitalistas de nuestra comunidad se están convirtiendo abiertamente en los reyes de la misma. En mi último (y primer) artículo, tomé el caso del arte y la publicidad. Señalé que el arte debe estar empeorando, simplemente porque la publicidad está mejorando. En aquellos días Millais condescendía con el jabón de Pears. En estos días creo que sería Pears quien condescendiera con Millais. Pero aquí me dirijo a un arte que conozco mejor, el del periodismo. Sólo que en mi caso el arte roza la falta de arte.

La gran dificultad de los ingleses radica en la ausencia de algo que podríamos llamar imaginación democrática. Nos resulta fácil darnos cuenta de un individuo, pero nos cuesta mucho darnos cuenta de que las grandes masas están formadas por individuos. Nuestro sistema ha sido aristocrático: en el especial sensación de que sólo hay unos pocos actores en el escenario. Y la escena de fondo se mantiene bastante oscura, aunque en realidad es una multitud de rostros. El Gobierno Autónomo tendía a ser no tanto los irlandeses como el Gran Anciano. La Guerra de los Bóers no solía ser tanto Sudáfrica como simplemente "Joe". Y es un hecho divertido, pero angustioso, que toda clase de liderazgo político, al pasar al frente a su vez, capta los rayos de esta luz de cal aislante; y se convierte en una pequeña aristocracia. Ciertamente, nadie tiene la queja aristocrática tan mal como el Partido Laborista. En el reciente Congreso, la verdadera diferencia entre Larkin y los líderes laboristas ingleses no radicó tanto en algo correcto o incorrecto en lo que dijo, como en algo elemental e incluso místico en la forma en que sugirió una multitud. Pero debe quedar claro, incluso para aquellos que coinciden con la política más oficial, que para el señor Havelock Wilson la cuestión principal era el señor Havelock Wilson; y que el señor Sexton consideraba principalmente la dignidad y los buenos sentimientos del señor Sexton. Se puede decir que eran tan sensibles como los aristócratas, o tan enfurruñados como los bebés; la cuestión es que el sentimiento era personal. Pero Larkin, al igual que Danton, no sólo habla como diez mil hombres hablando, sino que tiene algo de la despreocupación del coloso de Arcis; "Que mon nom soit flétri, que la France soit libre".

Una danza de degradación

No hace falta decir que este respeto a las personas ha llevado a todos los demás partidos a un baile de degradación. Arruinamos Sudáfrica porque sería un desaire para Lord Gladstone salvar a Sudáfrica. Tenemos un mal ejército, porque sería un desaire para Lord Haldane tener un buen ejército. Y a ningún tory se le permite decir "Marconi" por miedo a que el señor George diga "Kynoch". Pero este curioso elemento personal, con su espantosa falta de patriotismo, ha aparecido en una nueva y curiosa forma en otro departamento de la vida; el departamento de la literatura, especialmente la literatura periódica. Y la forma que adopta es

el siguiente ejemplo que daré de la manera en que los capitalistas aparecen ahora, cada vez más abiertamente, como los amos y príncipes de la comunidad.

Tomaré un ejemplo victoriano para marcar el cambio; como hice en el caso de la publicidad de "Bubbles". En mi infancia, los torios más apopléticos y ancianos decían que W. E. Gladstone sólo era un comerciante libre porque era socio de los vinos extranjeros de Gilbey. Esto era, sin duda, una tontería; pero tenía una tenue verdad simbólica, o principalmente profética. Era cierto, hasta cierto punto incluso entonces, y ha sido cada vez más cierto desde entonces, que el estadista era a menudo un aliado del vendedor; y representaba no sólo a una nación de comerciantes, sino a una tienda en particular. Pero en la época de Gladstone, aunque esto fuera cierto, nunca fue toda la verdad; y nadie habría soportado que fuera la verdad admitida. El político no era únicamente un elocuente y persuasivo viajante de bolsa para ciertos hombres de negocios; estaba obligado a mezclar incluso su corrupción con algunos ideales y reglas de política inteligibles. Y la prueba de ello es que, al menos, era el estadista el que abultaba en la opinión pública; y su patrocinador financiero quedaba totalmente en segundo plano. Viejos caballeros podrían atragantarse con su oporto, con la certeza moral de que el Primer Ministro tenía acciones en un comerciante de vinos. Pero el viejo caballero habría muerto en el acto si el comerciante de vinos se hubiera hecho realmente tan importante como el Primer Ministro. Si hubiera sido el Sir Walter Gilbey a quien Disraeli denunció, o Punch caricaturizó; si los cuellos favoritos de Sir Walter Gilbey (cuyo diseño desconozco) hubieran crecido tanto como las alas de un arcángel; si a Sir Walter Gilbey se le hubiera atribuido el mérito de haber eliminado con éxito el roble británico con su pequeña hacha; si, cerca del Templo y de los Tribunales de Justicia, nuestra vista se viera sorprendida por una majestuosa estatua de un comerciante de vinos; o si la seria dama conservadora que lanzó una nuez de un pan de jengibre al Premier lo hubiera dirigido al comerciante de vinos, la conmoción en la Inglaterra victoriana habría sido muy grande.

Halos para los empresarios

Ahora está ocurriendo algo muy parecido; el mero empresario rico está empezando a tener no sólo el poder sino parte de la gloria. Últimamente he visto en varias revistas, y en revistas de alto nivel, la aparición de un nuevo tipo de artículo. Se emplean hombres literarios para alabar personalmente a un gran empresario, como antes se alababa a un rey. No sólo encuentran razones políticas para los planes comerciales -lo que han hecho durante algún tiempo-, sino que también encuentran defensas morales a los planes comerciales. Describen el cerebro de acero y el corazón de oro del capitalista de una manera que los ingleses hasta ahora han tenido la costumbre de reservar para figuras románticas como Garibaldi o Gordon. En una excelente revista, el señor T. P. O'Connor, que, cuando quiere, puede escribir sobre las letras como un hombre de letras, tiene algunas páginas púrpuras de elogio de Sir Joseph Lyons - el hombre que dirige esos lugares de tetería. A propósito, ha incluido un delicioso pasaje sobre las bellas almas que poseían unas personas llamadas Salmon y Gluckstein. Creo que lo que más me gusta es el pasaje en el que dice que entre los encantadores logros sociales de Lyons está el talento para "imitar a un judío". El artículo va acompañado de un retrato grande y algo lascivo de ese que hace que el truco de salón en cuestión sea particularmente asombroso. Otro literato, que ciertamente debería saberlo mejor, escribió en otro periódico una pieza de culto al héroe sobre el Sr. Selfridge. Sin duda la moda se

extenderá, y el arte de las palabras, como pulido y afilado por Ruskin o Meredith, se perfeccionará aún más para explorar el laberíntico corazón de Harrod; o comparar el sencillo estoicismo de Marshall con el santo encanto de Snelgrove.

Cualquier hombre puede ser alabado, y con razón. Si sólo se mantiene en pie sobre dos piernas, hace algo que no puede hacer una vaca. Si un hombre rico consigue mantenerse en pie sobre dos piernas durante un tiempo razonable, se le llama autocontrol. Si sólo tiene una pierna, se llama (con cierta verdad) autosacrificio. Podría decir algo bueno (y verdadero) de todos los hombres que he conocido. Por lo tanto, no dudo que podría encontrar algo bueno sobre Lyons o Selfridge si lo buscara. Pero no lo haré.

El cartero o el taxista más cercano me proporcionará el mismo cerebro de acero y el mismo corazón de oro que estos desafortunados hombres afortunados. Pero me molesta que toda la era del mecenazgo se reavive bajo patrones tan absurdos; y que todos los poetas se conviertan en poetas de la corte, bajo reyes que no han hecho ningún juramento, ni nos han llevado a ninguna batalla.

III. Negocios no comerciales

Los cuentos de hadas que nos han enseñado a todos no consisten, como la historia que nos han enseñado a todos, enteramente en mentiras. Algunas partes del cuento del "Gato con Botas" o de "Jack y las Habichuelas" pueden parecer al ojo realista un poco inverosímiles y fuera de lo común, por así decirlo; pero contienen algunas verdades muy sólidas y muy prácticas.

Por ejemplo, puede observarse que tanto en "El Gato con Botas" como en "Jack y las Habichuelas", si no recuerdo mal, el ogro no sólo era un ogro sino también un mago. Y generalmente se encontrará que en todas esas narraciones populares, el rey, si es un rey malvado, es generalmente también un mago. Ahora bien, hay una verdad humana muy vital consagrada en esto. El mal gobierno, como el buen gobierno, es algo espiritual.

Ni siquiera el tirano gobierna nunca sólo por la fuerza, sino sobre todo por los cuentos de hadas.

Y lo mismo ocurre con el tirano moderno, el gran empresario. La visión de un millonario rara vez es, en el sentido ordinario, una visión encantadora: sin embargo, es a su manera un encantador. Como se dice en los efusivos artículos sobre él en las revistas, es una personalidad fascinante.

También lo es una serpiente. Al menos, es fascinante para los conejos; y también lo es el millonario para el tipo de gente conejil en que se han convertido las damas y los caballeros. En cierto modo, lanza un hechizo, como el que aprisiona a príncipes y princesas bajo la forma de halcones o ciervos. Realmente ha convertido a los hombres en ovejas, como Circe los convirtió en cerdos.

Ahora bien, el jefe de los cuentos de hadas, por el que gana esta gloria y glamour, es una cierta asociación nebulosa que ha logrado crear entre la idea de la grandeza y la idea de la practicidad. Un gran número de damas y caballeros conejiles piensan realmente, a pesar de ellos mismos y de su experiencia, que mientras una tienda tenga cientos de puertas diferentes y un gran número de departamentos subterráneos calientes e insalubres (deben ser calientes; esto es muy importante), y más personas de las que se necesitarían para un hombre de guerra, o una catedral abarrotada, para decir: "Por aquí, señora" y "El siguiente artículo, señor", se deduce que la mercancía es buena. En resumen, sostienen que los

grandes negocios son comerciales. No lo son. Cualquier ama de casa en un estado de ánimo veraz, es decir, cualquier ama de casa de mal humor, le dirá que son lo no. Pero las amas de casa también son humanas, y por lo tanto inconsistentes y complejas; y no siempre se apegan a la verdad y al mal humor.

También se ven afectados por esta extraña idolatría de lo enorme y elaborado, y no pueden evitar sentir que algo tan complicado debe funcionar como un reloj. Pero la complejidad no es garantía de precisión, ni en los relojes ni en ninguna otra cosa. Un reloj puede estar tan equivocado como la cabeza de un ser humano; y un reloj puede detenerse, tan repentinamente como el corazón humano.

Pero esta extraña poesía de la plutocracia se impone a la gente contra sus propios sentidos. Usted escribe a una de las grandes tiendas o emporios de Londres, pidiendo, digamos, un paraguas. Uno o dos meses después, recibe un paquete muy elaborado, que contiene una sombrilla rota. Está usted muy satisfecho. Le complace pensar en el gran número de ayudantes y empleados que se han unido para romper esa sombrilla. Se deleita con el recuerdo de todas esas largas salas y departamentos y se pregunta en cuál de ellos se rompió la sombrilla que nunca pidió. O quiere un elefante de juguete para su hijo el día de Navidad; ya que los niños, como todas las personas buenas y sanas, son muy ritualistas. Una semana después de la Noche de Reyes, digamos, tiene el placer de quitar tres capas de cartón, cinco de papel de estraza y quince de papel de seda y descubrir los fragmentos de un cocodrilo artificial. Sonríe con un espíritu expansivo. Siente que su alma se ha ensanchado con la visión de la incompetencia llevada a cabo a tan gran escala. Admira aún más el colosal y omnipresente cerebro del organizador de la industria, que en medio de todos sus multitudinarios cuidados no desdeñó recordar su deber de destrozar hasta el más pequeño juguete del más pequeño de los niños. O, suponiendo que le haya pedido que le envíe dos rollos de estera de cacao, y suponiendo que (después de un intervalo de reflexión) le entregue los cinco rollos de alambre de la red. Le complace la consideración de un misterio: lo que las mentes toscas podrían haber llamado un error. Te consuela saber lo grande que es el negocio: y el enorme número de personas que se necesitaron para cometer tal error.

Ese es el romance que se ha contado sobre las grandes tiendas; en la literatura y el arte que han comprado, y que (como dije en mis artículos recientes) pronto será bastante indistinguible de sus anuncios ordinarios. La literatura es comercial; y es justo decir que el comercio es a menudo realmente literario. No es un romance, sólo basura.

Las grandes empresas comerciales de hoy en día son excepcionalmente incompetentes. Serán aún más incompetentes cuando sean omnipotentes. De hecho, ese es, y siempre ha sido, el objetivo de un monopolio; el viejo y sólido argumento contra un monopolio. Sólo porque es incompetente tiene que ser omnipotente.

Cuando una gran tienda ocupa todo un lado de una calle (o a veces ambos lados), lo hace para que los hombres no puedan conseguir lo que quieren; y se vean obligados a comprar lo que no quieren.

Ya he dicho que el reino de los capitalistas, que se acerca rápidamente, arruinará el arte y las letras. Digo aquí que, en el único sentido que puede llamarse humano, arruinará también el comercio.

No dejaré pasar la Navidad, incluso cuando escriba para un periódico revolucionario que necesariamente apele a muchos que no tienen mis simpatías religiosas, sin apelar a esas simpatías. Conocí a un hombre que envió a una gran tienda rica una figura para un grupo de Belén. Llegó rota. Creo que eso es exactamente todo lo que los hombres de negocios tienen ahora el sentido de hacer.

IV. La guerra de las vacaciones

La proposición general, no siempre fácil de definir exhaustivamente, de que el reinado del capitalista será el reinado del canalla -es decir, del tipo sin licencia que no es ni el ciudadano ni el caballero- puede estudiarse excelentemente en su actitud hacia las vacaciones. El empresario emblemático especial de hoy, sobre todo el empresario modelo (que es la peor clase) tiene en su corazón hambriento y malvado un odio sincero a las vacaciones. No quiero decir que necesariamente quiera que todos sus obreros trabajen hasta caer rendidos; eso sólo ocurre cuando resulta ser tan estúpido como malvado. No quiero decir que no esté necesariamente dispuesto a conceder lo que él llamaría "horas decentes de trabajo". Puede tratar a los hombres como si fueran basura, pero si se quiere ganar dinero, incluso con la basura, hay que dejarla en barbecho mediante alguna rotación de descanso. Puede tratar a los hombres como si fueran perros, pero a menos que sea un lunático, dejará que los perros duerman durante ciertos períodos.

Pero los horarios humanos y razonables para el trabajo no tienen nada que ver con la idea de las vacaciones. Ni siquiera es una cuestión de diez y ocho horas diarias; no es una cuestión de reducir el ocio al espacio necesario para la comida, el sueño y el ejercicio. Si el empresario moderno llegara a la conclusión, por una u otra razón, de que puede sacar el máximo provecho de sus hombres trabajando duramente sólo dos horas al día, toda su actitud mental seguiría siendo ajena y hostil a las vacaciones. Porque toda su actitud mental es que el tiempo pasivo y el tiempo activo son igualmente útiles para él y para su negocio. Todo es, en efecto, molienda que llega a su molino, incluidos los molineros. Sus esclavos siguen sirviéndole en la inconsciencia, como los perros siguen cazando en el sueño. Su molienda se realiza no sólo con las sonoras ruedas de hierro, sino con la rueda insonora de la sangre y el cerebro. Sus sacos se siguen llenando silenciosamente cuando las puertas se cierran en las calles y el sonido de la molienda es bajo.

La gran fiesta

Ahora bien, unas vacaciones no tienen ninguna relación con la utilización de un hombre, ya sea golpeándolo o alimentándolo. Cuando le das a un hombre unas vacaciones, le devuelves su cuerpo y su alma. Es muy posible que se le haga un daño (aunque él rara vez lo piense), pero eso no afecta a la cuestión para aquellos a los que las vacaciones son sagradas. La inmortalidad es la gran fiesta; y una fiesta, como la inmortalidad en las antiguas teologías, es un privilegio de doble filo. Pero dondequiera que sea genuina es simplemente la restauración y la culminación del hombre. Si la gente alguna vez miró la palabra impresa bajo su mirada, la palabra "recreación" sería como la palabra "resurrección", el toque de una trompeta.

Un hombre, siendo meramente útil, es necesariamente incompleto, especialmente si es un hombre moderno y entiende por ser útil ser "utilitario". Un hombre que entra en un club moderno renuncia a su sombrero; un hombre que entra en una fábrica moderna renuncia a su cabeza. Entonces entra y trabaja lealmente para la vieja empresa para construir el gran tejido del comercio (lo que puede hacerse sin cabeza), pero cuando ha hecho el trabajo va al guardarropa, como el hombre del club, y recupera su cabeza de nuevo; ese es el germen de

las vacaciones. Se puede afirmar que el hombre del club que deja su sombrero a menudo se va con otro sombrero; y tal vez pueda ocurrir lo mismo con la mano de la fábrica que ha dejado su cabeza. Una mano que ha perdido la cabeza puede afectar a los fastidiosos como una metáfora mezclada; pero, Dios nos perdone, ¡qué verdad tan poco mezclada! Casi podríamos

probar todo el caso desde la costumbre de llamar a los seres humanos simplemente "manos" mientras están trabajando; como si la mano fuera horriblemente cortada, como la mano que ha ofendido; como si, mientras el pecador entrara en el cielo mutilado, su infeliz mano todavía trabajara acumulando riquezas para los señores del infierno. Pero volvamos al hombre que encontramos esperando su cabeza en el guardarropa. Se puede argumentar, decimos, que podría tomar la cabeza equivocada, como el sombrero equivocado; pero aquí la similitud cesa. Porque se ha observado por parte de los espectadores benévolos del drama de la vida que el sombrero que se quita por error es frecuentemente mejor que el sombrero real; mientras que la cabeza que se quita después de las horas de trabajo es ciertamente peor: manchada con las telarañas y el polvo de este basurero de todos los siglos.

La aventura suprema

Todas las palabras dedicadas a lugares de comida y bebida son palabras puras y poéticas. Incluso la palabra "hotel" deriva de la palabra hospital. Y San Julián, cuyo clarete he bebido estas Navidades, era el patrón de los hosteleros, porque (hasta donde puedo entender) era hospitalario con los leprosos. Ahora bien, no digo que el hostelero ordinario de Piccadilly o de la Avenue de l'Opera abrazaría a un leproso, le daría una palmada en la espalda y le pediría lo que quisiera; pero sí digo que la hospitalidad es su virtud comercial. Y también digo que es bueno tener ante los ojos la aventura suprema de una virtud. Si eres valiente, piensa en el hombre que fue más valiente que tú. Si eres amable, piensa en el hombre que fue más amable que tú.

Eso es lo que se entiende por tener un santo patrón. Ese es el vínculo entre el santo pobre que recibía a los leprosos corporales y el gran propietario de hotel que (por regla general) recibe a los leprosos espirituales.

Pero una palabra aún más débil que "hotel" ilustra el mismo punto: la palabra "restaurante". Ahí tenemos de nuevo la admisión de que hay un edificio o estatua definitiva que "restaurar"; esa imagen inefable del hombre que algunos llaman la imagen de Dios. Y esa es la fiesta; es el restaurante o la cosa restauradora que, por una ráfaga de magia, convierte al hombre en sí mismo.

Este hombre completo y reconstruido es la pesadilla del capitalista moderno. Todo su esquema se resquebrajaría como un espejo de Shallot, si alguna vez un hombre sencillo estuviera listo para sus dos deberes sencillos: listo para vivir y listo para morir. Y ese horror a las vacaciones que caracteriza al capitalista moderno es, en gran medida, un horror a la visión de un ser humano completo: algo que no es una "mano" o una "cabeza para las cifras". Sino una criatura horrible que se ha encontrado a sí misma en el desierto. Los empresarios darán tiempo para comer, tiempo para dormir; les aterra un tiempo para pensar. Para cualquiera que conozca algo de historia es totalmente innecesario decir que las vacaciones han sido destruidas. Como el Sr. Belloc, que sabe mucha más historia que usted

o yo, señaló recientemente en el Pall Mall Magazine, el título de Shakespeare de Twelfth Night: or What You Will (Noche de Reyes: o lo que quieras) simplemente significaba que un carnaval de invierno para todo el mundo se prolongaba salvajemente hasta la duodécima noche después de Navidad. Aquellos de mis lectores que trabajan en oficinas o fábricas modernas podrían pedir a sus empleadores doce días de vacaciones después de Navidad. Y podrían comunicarme la respuesta.

V. La Iglesia del Estado Servil

Confieso que no veo por qué la mera blasfemia por sí misma debería ser una excusa para la tiranía y la traición; o cómo el mero hecho aislado de que un hombre no crea en Dios debería ser una razón para que yo crea en Él.

Pero el revoloteo más bien solterón entre algunos de los viejos librepensadores ha puesto una pequeña onda de verdad en ello; y eso afecta a la idea que quiero enfatizar hasta la monotonía en estas páginas.

Me refiero a la idea de que la nueva comunidad que los capitalistas están construyendo ahora será una comunidad muy completa y absoluta; y que no tolerará nada realmente independiente de sí misma.

Ahora bien, es cierto que cualquier credo positivo, verdadero o falso, tendería a ser independiente de sí mismo. Podría ser el catolicismo romano o el mahometanismo o el materialismo; pero, si se sostuviera firmemente, sería una espina en el costado del Estado Servil. El musulmán piensa que todos los hombres son inmortales; el materialista piensa que todos los hombres son mortales. Pero el musulmán no cree que el rico Simbad vivirá para siempre, sino que el pobre Simbad morirá en su lecho de muerte. El materialista no cree que Mr. Haeckel irá al cielo, mientras que todos los campesinos irán a la olla, como sus pollos. En toda doctrina seria sobre el destino de los hombres, hay algún rastro de la doctrina de la igualdad de los hombres. Pero el capitalista depende realmente de alguna religión de la desigualdad. El capitalista debe distinguirse de alguna manera de la clase humana; debe estar obviamente por encima de ella - o estaría obviamente por debajo de ella. Tomemos incluso el lado menos atractivo y popular de las grandes religiones actuales; tomemos los meros vetos impuestos por el Islam al ateísmo o al catolicismo.

El veto musulmán a los embriagantes afecta a todas las clases. Pero es absolutamente necesario para el capitalista (que preside un Comité de Licencias, y también una gran cena), es absolutamente necesario para él, hacer una distinción entre la ginebra y el champán. El veto ateo a todos los milagros atraviesa todas las clases. Pero es absolutamente necesario que el capitalista haga una distinción entre su esposa (que es una aristócrata y consulta a videntes y observadores de estrellas en el West End), y los vulgares milagros reclamados por los gitanos o los showmen ambulantes. El veto católico a la usura, definido en los concilios dogmáticos, atraviesa todas las clases. Pero es absolutamente necesario que el capitalista distinga con mayor delicadeza entre dos tipos de usura: la que le resulta útil y la que no. La religión del Estado Servil no debe tener dogmas ni definiciones.

No puede permitirse tener ninguna definición. Porque las definiciones son cosas muy terribles: hacen las dos cosas que la mayoría de los hombres, especialmente los hombres cómodos, no pueden soportar. Luchan; y luchan limpiamente.

Toda religión, aparte de la adoración abierta del diablo, debe apelar a una virtud o a la pretensión de una virtud. Pero una virtud, en general, hace algún bien a todo el mundo. Por lo tanto, es necesario distinguir entre las personas a las que se pretende beneficiar.

La amplitud de miras moderna beneficia a los ricos; y no beneficia a nadie más. Fue pensada para beneficiar a los ricos; y pensada para no beneficiar a nadie más. Y si crees que esto es injustificado, te plantearé una pregunta sencilla. Hay algunos placeres de los pobres que también pueden significar beneficios para los ricos: hay otros placeres de los pobres que no pueden significar beneficios para los ricos? Observa este contraste y verás toda la creación de una cuidadosa esclavitud.

En última instancia, las dos cosas llamadas Cerveza y Jabón terminan sólo en una espuma. Ambas están por debajo de la alta nota de una verdadera religión. Pero sólo hay esta diferencia: que el jabón hace que la fábrica sea más satisfactoria, mientras que la cerveza sólo hace que el obrero esté más satisfecho.

Espera a ver si el Jabón no aumenta y la Cerveza disminuye.

Esperen y vean si la religión del Estado Servil no es en todos los casos lo que digo: el fomento de las pequeñas virtudes que apoyan al Capitalismo, el desaliento de las enormes virtudes que lo desafían.

Muchas grandes religiones, paganas y cristianas, han insistido en el vino. Sólo una, creo, ha insistido en el jabón. Lo encontrarás en el Nuevo Testamento atribuido a los fariseos.

VI. La ciencia y los eugenistas

El hecho clave en el nuevo desarrollo de la plutocracia es que utilizará su propio error como excusa para cometer más crímenes.

En todas partes se hará de la misma plenitud del empobrecimiento una razón para la esclavización; aunque los hombres que empobrecieron fueron los mismos que esclavizaron. Es como si un salteador de caminos no sólo le quitara a un caballero su caballo y todo su dinero, sino que luego lo entregara a la policía por vagar sin medios visibles de subsistencia. Y el rasgo más monstruoso de esta enorme mezquindad puede observarse en la apelación plutocrática a la ciencia o, mejor dicho, a la pseudociencia que llaman eugenesia.

Los eugenistas consiguen el oído de las camarillas humanas, pero más bien nebulosas, diciendo que las actuales "condiciones" en las que la gente trabaja y se reproduce son malas para la raza; pero la mente moderna no suele ir más allá de un paso de razonamiento, y la consecuencia que parece seguirse de la consideración de estas "condiciones" no es en absoluto la que se habría esperado originalmente. Si alguien dice: "Una cuna destartada puede significar un bebé destartado", la deducción natural, uno pensaría, sería dar a la gente una buena cuna, o darles dinero suficiente para comprar una. Pero eso significa salarios más altos y una mayor equiparación de la riqueza; y el científico plutocrático, con una expresión ligeramente preocupada, vuelve sus ojos y su nariz en otra dirección. Reducido a términos brutales de verdad, su dificultad es ésta y simplemente ésta: Más comida, ocio y dinero para el obrero significaría un mejor obrero, mejor incluso desde el punto de vista de cualquiera para el que trabaje. Pero más comida, ocio y dinero también significaría un trabajador más independiente. Una casa con un fuego decente y una despensa llena sería una casa mejor para hacer una silla o arreglar un reloj, incluso desde el punto de vista del cliente, que un tugurio con un techo con goteras y un hogar frío. Pero una casa con un fuego decente y una despensa llena también sería una casa mejor para negarse

a hacer una silla o arreglar un reloj - una casa mucho mejor para no hacer nada - y no hacer nada es a veces uno de los más altos deberes del hombre. Todos, excepto los de corazón duro, deben compadecerse de este patético dilema del hombre rico, que tiene que mantener al hombre pobre lo suficientemente robusto como para hacer el trabajo y lo suficientemente delgado como para tener que hacerlo. Mientras contemplaba pensativo el techo agujereado y la cuna desvencijada, un día le vino a la mente una idea nueva y curiosa, una de las más ideas extrañas, simples y horribles que jamás hayan surgido del profundo pozo del pecado original.

El tejado no podría arreglarse, o, al menos, no podría arreglarse mucho, sin alterar el equilibrio capitalista, o, mejor dicho, la desproporción en la sociedad; porque un hombre con un tejado es un hombre con una casa, y en esa medida su casa es su castillo. La cuna no podría mecerse más fácilmente, o, al menos, no mucho más fácilmente, sin fortalecer las manos del hogar pobre, pues la mano que mece la cuna gobierna el mundo, hasta ese punto. Pero al capitalista se le ocurrió que había un tipo de mobiliario en la casa que podía ser alterado. El marido y la mujer podían ser modificados. El nacimiento no cuesta nada, excepto en dolor y valor y esas cosas anticuadas; y el comerciante no necesita pagar más por aparear a un minero fuerte con una pescadora sana de lo que paga cuando el minero se aparee con una hembra menos robusta a la que tiene el sentimentalismo de preferir. De este modo, podría ser posible, manteniendo ciertas líneas generales de la herencia, tener alguna mejora física sin ninguna mejora moral, política o social. Podría ser posible mantener un suministro de esclavos fuertes y saludables sin mimarlos con condiciones decentes. Al igual que los propietarios de molinos utilizan el viento y el agua para mover sus molinos, utilizarían esta fuerza natural como algo aún más barato; y harían girar sus ruedas desviando de su cauce la sangre de un hombre en su juventud. Eso es lo que significa la eugenesia; y eso es todo lo que significa.

No nos corresponde hablar del estado moral de quienes piensan en tales cosas. La cuestión práctica es más bien intelectual: si sus cálculos están bien fundados y si los hombres de ciencia pueden o quieren garantizarles tales certezas físicas. Afortunadamente, cada día está más claro que, científicamente hablando, están construyendo sobre la arena movediza. La teoría de la cría de esclavos se rompe por lo que un demócrata llama la igualdad de los hombres, pero que incluso un oligarquista se verá obligado a llamar la similitud de los hombres. Es decir, que aunque no es cierto que todos los hombres sean normales, es abrumadoramente cierto que la mayoría de los hombres son normales. Todos los argumentos eugenésicos comunes se extraen de los casos extremos, los cuales, aunque el honor y la risa humanos permitieran eliminarlos, su eliminación no afectaría en gran medida a la masa. Por lo demás, queda la enorme debilidad de la eugenesia, de que si el juicio o la libertad de los hombres ordinarios ha de descontarse en relación con la herencia, el juicio de los jueces debe descontarse en relación con su herencia. El profesor eugenésico puede o no tener éxito en la elección de los padres de un bebé; es bastante seguro que no puede tener éxito en la elección de sus propios padres. Todos sus pensamientos, incluyendo sus pensamientos eugenésicos, son, por el principio mismo de esos pensamientos, fluyendo de una fuente dudosa o contaminada. En resumen, necesitaríamos un hombre perfectamente sabio para hacer la cosa en absoluto.

Y si fuera un hombre sabio no lo haría.

VII. La evolución de la prisión

Nunca he entendido por qué los que más hablan de la evolución, y lo hacen en la misma época del evolucionismo de moda, no ven la única forma en que la evolución se aplica realmente a nuestra dificultad moderna. Hay, por supuesto, un elemento de evolucionismo en el universo; y no conozco ninguna religión o filosofía que lo haya ignorado por completo. La evolución, popularmente hablando, es lo que ocurre con las cosas inconscientes. Crecen inconscientemente; o se desvanecen inconscientemente; o más bien, algunas partes de ellas crecen y otras se desvanecen; y en cualquier momento dado hay casi siempre alguna presencia de la cosa que se desvanece, y algo incompleto en la que crece. Así, si me durmiera durante cien años, como la Bella Durmiente (ojalá pudiera), me crecería la barba -a diferencia de la Bella Durmiente-. Y así como debería crecerme el pelo si estuviera dormido, debería crecerme la hierba si estuviera muerto. Aquellos cuya religión era que Dios estaba dormido estaban perpetuamente impresionados y afectados por el hecho de que tuviera una larga barba. Y aquellos cuya filosofía es que el universo está muerto desde el principio (siendo la tumba de nadie en particular) piensan que así puede crecer la hierba. En cualquier caso, estos desarrollos sólo ocurren con las cosas muertas o que sueñan. Lo que ocurre cuando todo el mundo está dormido se llama Evolución. Lo que ocurre cuando todos están despiertos se llama Revolución.

Hubo una vez un hombre honrado, cuyo nombre nunca supe, pero cuyo rostro casi puedo ver (está enmarcado en unos bigotes victorianos y fijado en un paño de cuello victoriano), que hacía un balance de los logros de Francia e Inglaterra en materia de civilización y eficiencia social. Y cuando llegó al aspecto religioso dijo que en Francia había más iglesias de piedra y ladrillo; pero, en cambio, en Inglaterra hay más sectas. Siempre he dudado de que una desintegración tan viva sea una prueba de vitalidad en algún sentido valioso. El sol puede criar gusanos en un perro muerto; pero es esencial para tal liberación de la vida que el perro sea inconsciente o (por decir lo menos) despistado. A grandes rasgos, puedes llamar a la cosa corrupción, si te gustan los perros. Si te gustan los gusanos, puedes llamarlo evolución. En cualquier caso, es lo que le ocurre a las cosas si se las deja solas.

El error de los evolucionistas

Ahora bien, los evolucionistas modernos no han hecho ningún uso real de la idea de la evolución, especialmente en materia de predicción social. Siempre caen en lo que es (desde su punto de vista lógico) el error de suponer que la evolución sabe lo que hace. Predicen el Estado del futuro como un fruto redondeado y pulido. Pero todo el punto de la evolución (el único punto que hay en ella) es que ningún Estado será nunca redondeado y pulido, porque siempre contendrá algunos órganos que han sobrevivido a su uso y otros que aún no han encontrado el suyo.

Si queremos profetizar lo que sucederá, debemos imaginar que las cosas ahora moderadas se han vuelto enormes; las cosas ahora locales se han vuelto universales; las cosas ahora prometedoras se han vuelto triunfantes; las primulas más grandes que los girasoles, y los gorriones acechando como flamencos.

En otras palabras, debemos preguntarnos ¿qué institución moderna tiene un futuro por delante? ¿Qué institución moderna puede llegar a sextuplicar su tamaño actual con el calor social y el crecimiento del futuro? No creo que la Ciudad Jardín crezca: pero de eso puedo hablar en mi próximo y último artículo de esta serie. No creo que ni siquiera la Escuela Primaria ordinaria, con su educación obligatoria, crezca. Demasiada gente sin letras odia al maestro por enseñar; y demasiada gente con letras odia al maestro por no enseñar. La Ciudad Jardín no florecerá mucho; la idea joven no brotará, a no ser que dispare al maestro. Pero el único árbol que florece en la finca, la única expansión natural que creo que se expandirá, es la institución que llamamos la Prisión.

Prisiones para todos.

Si se permite a los capitalistas erigir su comunidad capitalista constructiva, hablo muy en serio cuando digo que creo que la prisión se convertirá en una experiencia casi universal. No será necesariamente una experiencia cruel o vergonzosa: en estos puntos (lo concedo ciertamente para el presente propósito del debate) puede ser una experiencia enormemente mejorada. Las condiciones de la prisión, muy posiblemente, se harán más humanas. Pero la prisión se hará más humana sólo para contener más humanidad. No creo en el juicio y el sentido del humor de cualquier hombre que pueda haber visto los recientes juicios policiales sin darse cuenta de que ya no es una cuestión de si se ha infringido la ley por un delito; sino, ahora, únicamente una cuestión de si la situación podría arreglarse con un encarcelamiento. Así fue con Tom Mann; así fue con Larkin; así fue con el pobre ateo que fue encarcelado por decir algo de lo que había sido absuelto: así es en estos casos cada día. Ya no encerramos a un hombre por hacer algo; lo encerramos con la esperanza de que no haga nada. Teniendo en cuenta este principio, es evidentemente posible hacer que las meras condiciones del castigo sean más moderadas, o (más probablemente) más secretas. Puede haber realmente más misericordia en la prisión, a condición de que haya menos justicia en el tribunal. No me sorprendería que, antes de que terminemos con todo esto, se permitiera a un hombre fumar en la cárcel, a condición, por supuesto, de que haya ido a la cárcel por fumar.

Ahora bien, ese es el proceso que, en ausencia de protesta democrática, procederá ciertamente, aumentará y se multiplicará y repondrá la tierra y la someterá. La prisión puede incluso perder su deshonra durante un tiempo: será difícil hacerla deshonrosa cuando hombres como Larkin puedan ser encarcelados sin ninguna razón, al igual que su célebre antepasado fue ahorcado sin ninguna razón. Pero la sociedad capitalista, que naturalmente no conoce el significado del honor, no puede conocer el significado de la desgracia: y seguirá encarcelando sin razón alguna. O más bien por esa razón tan simple que hace saltar a un gato o huir a una rata. Poco importa que nuestros maestros se rebajen a plantear el asunto en la forma de que toda prisión debe ser una escuela; o en la forma más cándida de que toda escuela debe ser una prisión. Ya han cumplido su principio servil en el caso de las escuelas. Todo el mundo va a las escuelas primarias, excepto los pocos que les dicen que vayan allí. Profetizo que (a menos que nuestra revuelta tenga éxito) casi todo el mundo irá a la cárcel, con una paciencia precisamente similar.

VIII. El látigo del trabajo

Si yo profetizara que dentro de doscientos años un tendero tendría el derecho y la costumbre de golpear al dependiente con un palo, o que las dependientas podrían ser azotadas, como ya pueden ser multadas, muchos lo considerarían un comentario bastante precipitado. Sería un comentario precipitado. Las profecías siempre son poco fiables, a no ser que exceptuemos las profecías abiertamente irracionales, místicas y sobrenaturales. Pero en relación con casi todas las demás profecías que se hacen hoy en día a mi alrededor, diría que mi predicción tenía una oportunidad excepcionalmente buena. En resumen, creo que el tendero del palo es una figura que tenemos muchas más posibilidades de ver que el superhombre o el samurái, o el verdadero empresario modelo, o el perfecto funcionario fabiano, o el ciudadano del Estado colectivista. Y es mejor que veamos toda la fealdad de la transformación que está pasando por nuestra Sociedad en alguna imagen tan abrupta y hasta grotesca al final de la misma. Los inicios de una decadencia, en todas las épocas de la historia, siempre han tenido la apariencia de ser reformas. Nerón no sólo tocó el violín mientras Roma ardía, sino que probablemente prestó más atención al violín que al fuego. El Rey Sol, como muchos otros soles, era más espléndido a todas luces un poco antes de la puesta de sol. Y si me pregunto cuál será el fruto último y final de todas nuestras reformas sociales, de las ciudades jardín, de los empresarios modelo, de los seguros, de las bolsas, de los tribunales de arbitraje, etc., entonces, digo, muy seriamente, "creo que será el trabajo bajo los latigazos".

El sultán y el saco

Ordenemos una serie de consideraciones convergentes que apuntan en esta dirección.

(1) Es ampliamente cierto, sin duda, que el arma del empresario ha sido hasta ahora la amenaza del despido, es decir, la amenaza de la inanición forzada. Es un sultán que no necesita ordenar la falgua¹, mientras pueda ordenar el despido. Pero hay no pocos indicios de que esta arma no es tan conveniente y flexible como sus crecientes rapacidades requieren. El hecho de la introducción de multas, secretas o abiertas, en muchos comercios y fábricas, prueba que a los capitalistas les conviene tener alguna forma temporal y ajustable de castigo además del castigo final de la pura ruina. Tampoco es difícil ver el sentido común de esto desde su punto de vista totalmente inhumano. El acto de saquear a un hombre tiene las mismas desventajas que el acto de disparar a un hombre: una de ellas es que no se puede obtener más de él.

Me han dicho que es muy molesto volarle los sesos a un compañero con un revólver y luego recordar de repente que era la única persona que sabía dónde conseguir los mejores cigarrillos rusos.

Así que nuestro Sultán, que es el ordenante del saco, es también el portador de la cuerda del arco. Una escuela en la que no hubiera castigos, excepto la expulsión, sería una escuela en la que sería muy difícil mantener una disciplina adecuada; y el tipo de disciplina en el que insistirá el capitalismo reformado será del tipo que en las

¹ Método de tortura que consiste en golpear las plantas de los pies con varillas.

naciones libres se impone sólo a los niños. Una escuela así estaría probablemente en una condición crónica de ruptura para las vacaciones. Y las razones de la insuficiencia de este instrumento extremo son también variadas y evidentes. Los sociólogos materialistas, que hablan de la supervivencia del más fuerte y del más débil que va al paredón (y cuya manera de mirar el mundo es ponerse las últimas y más poderosas gafas científicas, y luego cerrar los ojos), hablan frecuentemente como si un trabajador fuera simplemente eficiente o no eficiente, como si un criminal fuera reclamable o irreclamable. Los empresarios tienen el suficiente sentido común como para saber que no es así. Pueden ver que un sirviente puede ser útil en un sentido y exasperante en otro; que puede ser malo en una parte de su trabajo y bueno en otra; que puede ser ocasionalmente borracho y sin embargo generalmente indispensable. Al igual que un director de escuela práctico sabría que un escolar puede ser a la vez la plaga y el orgullo de la escuela. En estas circunstancias, los castigos pequeños y variables son obviamente lo más conveniente para la persona que mantiene el orden; un subalterno puede ser castigado por llegar tarde, y sin embargo hacer un trabajo útil cuando llega. Será posible dar un golpe en los nudillos sin cortar del todo la mano derecha que ha ofendido. En estas circunstancias, los empresarios han recurrido naturalmente a las multas. Pero hay otro motivo para creer que el proceso irá más allá de las multas antes de que se complete.

- (2) La multa se basa en la vieja idea europea de que todo el mundo posee propiedad privada en algún grado razonable; pero no sólo no es cierto hoy en día, sino que no se está haciendo más cierto, incluso por aquellos que creen honestamente que están arreglando las cosas. Los grandes empleadores a menudo hacen algo para mejorar lo que llaman las "condiciones" de sus trabajadores; pero un trabajador puede tener sus condiciones tan cuidadosamente arregladas como las de un caballo de carreras, y aun así no tener más propiedad personal que un caballo de carreras. Si tomamos a una pobre costurera o a una chica de la fábrica, encontraremos que el poder de castigarla a través de su propiedad tiene límites muy considerables; es casi tan difícil para el empleador de la mano de obra gravarla para castigarla como lo es para el Ministro de Hacienda gravarla para obtener ingresos. La siguiente opción más obvia sería, por supuesto, el encarcelamiento, que podría ser bastante eficaz en condiciones más sencillas. Un comerciante anticuado podría haber encerrado a su aprendiz en su carbonera; pero su carbonera sería una carbonera real y muy oscura, y el resto de su casa sería una casa humana real. Todo el mundo (especialmente el aprendiz) vería una diferencia muy perceptible entre las dos. Pero, como señalé en el artículo anterior a éste, toda la tendencia de la legislación y los experimentos capitalistas es hacer el encarcelamiento mucho más general y automático, al tiempo que lo hace, o profesa hacerlo, más humano. En otras palabras, la prisión higiénica y la fábrica servil se parecerán tanto que el pobre hombre apenas sabrá o le importará si en ese momento está expiando un delito o simplemente engrosando un dividendo. En ambos lugares habrá el mismo tipo de baldosas brillantes. En ninguno de los dos lugares habrá una celda tan insalubre como una carbonera o tan sana como un hogar. El arma de la prisión, por lo tanto, al igual que el arma de la multa, tendrá considerables limitaciones en su efectividad cuando se emplee contra el miserable ciudadano reducido de nuestros días.

Tanto si se trata de la propiedad como de la libertad, no puedes quitarle lo que no tiene. No puedes encarcelar a un esclavo, porque no puedes esclavizar a un esclavo.

El renacimiento bárbaro

(3) La mayoría de la gente, al oír la sugerencia de que se puede llegar a los castigos corporales por fin (como ocurrió en todos los sistemas de esclavitud de los que he oído hablar, incluyendo algunos que fueron generalmente amables, e incluso exitosos), simplemente se sentirá impresionada por el horror y la incredulidad, y sentirá que un renacimiento tan bárbaro es impensable en la atmósfera moderna. Hasta qué punto será, o tiene que ser, un renacimiento de las imágenes y métodos reales de tiempos más rudos lo discutiré en un momento. Pero primero, como otra de las líneas convergentes que tienden a los castigos corporales, consideren esto: que por una u otra razón el viejo humanitarismo de pura sangre y masculino en este asunto se ha debilitado y callado; se ha debilitado y callado de una manera muy curiosa, cuya razón precisa no entiendo del todo. Sabía que el liberal medio, el ministro no conformista medio, el diputado laborista medio, el socialista medio de clase media, eran, con todas sus buenas cualidades, muy deficientes en lo que considero un respeto por el alma humana. Pero sí me imaginaba que tenían el respeto moderno ordinario por el cuerpo humano. El hecho, sin embargo, es claro e incontrovertible.

A pesar del horror de todas las personas humanas, a pesar de la vacilación incluso de nuestro Parlamento corrupto y presa del pánico, ahora se pueden aprobar triunfalmente medidas para extender o aumentar el uso de la tortura física, y para aplicarla a las categorías más nuevas y vagas de delitos. Hace treinta o cuarenta años, es más, hace veinte años, cuando el Sr. F. Hugh O'Donnell y otros forzaron a un Gobierno Liberal a soltar la cola de gato como un escorpión, podríamos haber contado con una masa de odio honesto a tales cosas. Ahora no podemos contar con ello.

(4) Por último, no es necesario que en las fábricas del futuro la institución del castigo físico recuerde al jambok² o al knout³. Podría desarrollarse fácilmente a partir de las muchas formas de disciplina física que ya utilizan los empresarios con la excusa de la educación o la higiene. Ya en algunas fábricas se obliga a las chicas a nadar, les guste o no, o a hacer gimnasia, les guste o no. Con una simple ampliación de las horas o complicación de los ejercicios, un par de palos suecos podrían fácilmente ser utilizados de tal manera que dejaran a su víctima tan exhausta como una que hubiera salido del potro. Creo que es muy probable que lo hagan.

² Látigo hecho con piel de rinoceronte o hipopótamo, muy usado en los tiempos del [apartheid](#).

³ Látigo usado en tiempos del imperio Ruso.

IX. La máscara del socialismo

El principal objetivo de todos los socialistas honestos en este momento es impedir la llegada del socialismo. No lo digo como una burla, sino, por el contrario, como un cumplido; un cumplido a su instinto político y a su espíritu público. Admito que se puede calificar de exageración, pero realmente existe una especie de socialismo impostor que los políticos modernos pueden aceptar establecer; si consiguen establecerlo, la batalla por los pobres está perdida.

Debemos señalar, en primer lugar, una verdad general sobre la curiosa época en que vivimos. No será tan difícil como algunos pueden suponer que el Estado Servil se parezca al Socialismo, especialmente para el tipo de Socialista más pedante. La razón es la siguiente. El viejo lúcido y mordaz expositor del Socialismo, como Blatchford o Fred Henderson, siempre describe el poder económico de los plutócratas como consistente en la propiedad privada. Por supuesto, en cierto sentido, esto es muy cierto; aunque con demasiada frecuencia no entienden que la propiedad privada, como tal, no es lo mismo que la propiedad limitada a unos pocos. Pero la verdad es que la situación se ha vuelto mucho más sutil; quizás demasiado sutil, por no decir demasiado insensata, para los teóricos de pensamiento recto como Blatchford. El hombre rico de hoy no sólo gobierna utilizando la propiedad privada; también gobierna tratando la propiedad pública como si fuera privada. Un hombre como lord Murray manejaba los hilos, sobre todo los de la bolsa; pero lo importante de su posición era que todo tipo de hilos se habían enredado. La fuerza secreta del dinero que poseía no residía simplemente en el hecho de que era su dinero.

Precisamente, el hecho de que nadie tuviera una idea clara de si era su dinero, o el de su sucesor, o el de su hermano, o el de la Compañía Marconi, o el del Partido Liberal, o el de la Nación Inglesa. Era un tesoro enterrado, pero no era una propiedad privada. Era la cúspide de la plutocracia porque no era propiedad privada. Ahora, siguiendo este precedente, esta vaguedad sin principios sobre los dineros oficiales y no oficiales por la alegre costumbre de mezclar siempre el dinero en el bolsillo con el dinero en la caja, sería muy posible mantener a los ricos tan ricos como siempre en la práctica, aunque hubieran sufrido una confiscación en teoría. El Sr. Lloyd George tiene cuatrocientos al año como diputado; pero no sólo obtiene mucho más como ministro, sino que podría obtener en cualquier momento una cantidad inconmensurable especulando con secretos de Estado que necesariamente conoce. Algunos dicen que incluso ha intentado algo así.

Ahora bien, sería muy posible reducir al Sr. George, no a cuatrocientos al año, sino a cuatro peniques al día; y seguir dejándole todas estas otras y enormes superioridades financieras. Hay que recordar que un Estado socialista, en cualquier forma que se parezca a un Estado moderno, debe, por muy igualitario que sea, tener el manejo de enormes sumas, y el disfrute de estas. Por ejemplo, el Primer Ministro tiene una casa privada, que es también (lamento informar a ese eminente puritano) una casa pública. Se supone que es una especie de oficina del Gobierno, aunque la gente no suele dar fiestas infantiles ni acostarse en una oficina del Gobierno. No sé dónde vive el señor Herbert Samuel, pero no dudo de que se las arregla bien en materia de decoración y mobiliario. En el paralelo oficial existente no hay necesidad de mover ninguna de estas cosas para socializarlas. No hay necesidad de retirar un clavo con cabeza de diamante de la alfombra; o una cucharilla de oro de la bandeja. Sólo es necesario llamarla residencia oficial, como el 10 de Downing Street. Creo que no es en absoluto improbable que se intente o se consiga esta Plutocracia, que pretende ser una

Burocracia. Nuestros ricos gobernantes se encontrarán en la posición que los refunfuñones del mundo del deporte atribuyen a veces a algunos de los "caballeros" jugadores. Afirman que algunos de ellos cobran como cualquier profesional, sólo que su sueldo se llama gastos. Este sistema podría coexistir con una teoría de la igualdad de salarios, tan absoluta como la que en su día expuso el Sr. Bernard Shaw. Según la teoría del Estado, el Sr. Herbert Samuel y el Sr. Lloyd George podrían ser humildes ciudadanos, trabajando a destajo por sus cuatro peniques al día; y no estarían en mejor situación que los porteros y los carboneros. Si se presentara a nuestros meros sentidos lo que parecía ser la forma del Sr. Herbert Samuel con un abrigo de astracán y un coche de motor, encontraríamos el registro del gasto (si es que pudiéramos encontrarlo) bajo el título de "Comisión de investigación de la extensión del límite de velocidad." Si nos tocara contemplar (con el ojo de la carne) lo que parecía ser el señor Lloyd George tumbado en una hamaca y fumando un costoso puro, sabríamos que el gasto se repartiría entre el "Departamento de Investigación del Estado de la Cuerda y la Red", y el "Estado del Comercio del Tabaco en Cuba: Informe del Inspector Imperial".

Tal es la sociedad que creo que construirán, a menos que podamos derribarla tan rápido como la construyan. Todo en ella, tolerable o intolerable, tendrá un solo uso; y ese uso lo que nuestros antepasados solían llamar usanza o usura. Su arte podrá ser bueno o malo, pero será una publicidad para los usureros; su literatura podrá ser buena o mala, pero apelará al patrocinio de los usureros; su selección científica seleccionará según las necesidades de los usureros; su religión será lo suficientemente caritativa como para perdonar a los usureros; su sistema penal será lo suficientemente cruel como para aplastar a todos los críticos de los usureros: la verdad de la misma será la Esclavitud: y el título de la misma puede ser muy posiblemente el Socialismo.